

¿Niños o cerebros? Cuando las neurociencias descarrilan

Juan Vasen. Noveduc, Buenos Aires. Octubre de 2017. Páginas 205

María Fernanda Pighin

Recibido Marzo 2018

Aceptado Mayo 2018

Juan Vasen, psicoanalista y médico psiquiatra infanto-juvenil, se ha dedicado a partir de su actividad clínica, institucional y académica a enfrentar los desafíos que imponen desde hace unos años en nuestro país las prácticas patologizantes en la infancia. Esta obra asume la característica de retomar muchas de las temáticas referidas a las entidades diagnósticas más comunes en nuestro contexto, algunas de las cuales ya han sido tratadas por él en otras publicaciones, pero esta vez alertando acerca de las características que entrañan modelos neurocientíficos que subyacen a su explicación y justificación, y el riesgo de abusar de los mismos.

Para esto presenta datos actuales tomados de fuentes precisas que interpelan las certezas neurocientíficas que intentan justificar algunos diagnósticos, remitiendo a trastornos que han implicado un porcentaje cada vez más alto de niños que los portan y que han favorecido el posicionamiento de la industria farmacológica en el campo de la educación. Los mismos muchas veces se encuentran acompañados con intervenciones conductuales y cognitivas reduccionistas que no se cuestionan qué lugar ocupa el sujeto en este proceso; cómo se constituye en sus lazos sociales, las prácticas parentales, en un tiempo acelerado y un espacio de “suelo resbaladizo”, como reflejo de una cultura neoliberal signada por el consumo.

El autor presenta su libro aludiendo a la ilusión de la transparencia, citando a José Saramago en lo que puede considerarse una síntesis de apertura y cierre de lo planteado en esta obra: “Dentro de nosotros hay una cosa que no tiene nombre. Eso es lo que somos” (7) A partir de aquí, pone en cuestionamiento toda una serie de formas de etiquetar a los niños con siglas y denominaciones diversas derivadas de los manuales DSM (Manual diagnóstico y estadístico de

los trastornos mentales) y CIE (Clasificación internacional de enfermedades) como lo son: DEA (Dificultades específicas del aprendizaje/ Dislexia); TEA (Trastorno del espectro autista); TBPI (Trastorno bipolar infantil); TGD-NE (Trastorno generalizado del desarrollo no especificado); ADD/ ADHD/TDAH (distintas formas de llamar al déficit de atención, con o sin hiperactividad); TOC (Trastorno obsesivo compulsivo); oposicionismo desafiante, etc. A todos ellos les da la denominación de “nombres impropios”.

A lo largo de este trabajo pretende mostrar cómo, cada uno de estos nombres, convertidos en entidades que se apropian del sujeto, lo cosifican obturando el flujo del ser en el tiempo. Esto último es un componente clave de la subjetividad, aunque ésta se apoye en la sustancia del cerebro. Si bien “desde su privilegiado lugar (las neurociencias) iluminan aspectos desconocidos y fascinantes del funcionamiento cerebral y pueden ayudar a paliar sufrimientos” (9) el sesgo de la desmesura convertida en “neuromanía” la transforma en “clave” de lo humano; lugar que en otro momento ocupó el “psicoanalismo” que intentó explicar todo desde su corpus teórico. En este sentido, el autor señala que los síntomas asociados a los cuadros más comunes antes mencionados, son muy similares a algunos comportamientos cotidianos, y el hecho de que el vocabulario neurocientífico se haya incorporado tanto a ellos y en el ámbito cultural y mediático por las publicidades farmacéuticas, lleva a la patologización de las dificultades cotidianas en gran escala.

En una época en la que lo privado se convirtió en espectáculo “la neurociencia, como parte de la sociedad de la información, la transparencia y la evidencia, pretende convertir nuestros cerebros en un espectáculo viviente a través de las neuroimágenes que permitirán transparentar su funcionamiento” (11). De este modo, lo que se gana en aportes genuinos se desvirtúa en intentos de homogeneizar lo heterogéneo, con el costo de la pérdida de la singularidad. Además, esta insistencia en la ciencia basada en la evidencia, genera el riesgo de endiosar la tecnología propia de los métodos en los que nos basamos. En el caso por ejemplo de la información brindada por las neuroimágenes, el autor aporta datos acerca de fallos presentados por softwares utilizados para realizarlas, y el gran porcentaje de falsos positivos que arrojaron. A pesar de los ajustes técnicos, estos procedimientos siguen teniendo limitaciones para marcar de modo absolutamente preciso el procesamiento a nivel cerebral de actividades o funciones cognitivas complejas.

Para ayudar a la comprensión de la totalidad constitutiva del sujeto, se refiere a la complementariedad entre el *fantasma* y la *máquina*. El primero- la actividad imaginativa, los mundos hablados a través de nuestra narrativa, que también incluyen lo ambiguo- encontraría soporte en la segunda- el cerebro-, pero es preciso no oponerlos entre sí y “no confundir soporte con causa”. El cerebro es el correlato neural de todas nuestras actividades, pero como correlato es soporte, no impone ni pide nada. Conocer más sobre el cerebro no implica una manera de conocerse a sí mismo. Conocernos es más que conocer y pensar el cerebro. “Es pensarnos en tanto seres en situación, no como entes funcionales” (18) Se puede inferir que, si la máquina primara sobre el fantasma, se priorizaría un pensamiento único, y todo pensamiento único es autoritario y dogmático.

El autor plantea que más allá de todos los innegables y beneficiosos aportes de las neurociencias, su expansionismo las ha convertido en un nuevo poder: una fuerza biopolítica que genera debates en los parlamentos y en los medios de comunicación, y que tienden a formar parte de una cosmovisión tecnocrática en expansión. Además genera la ilusión de que es posible abordar problemáticas complejas (históricas, sociales, culturales y políticas) con una solución técnica: la farmacológica. Detrás encontramos un hombre cosificado en un mundo plagado de distractores que no le ayudan a paliar el enfrentamiento con las dificultades del devenir de la vida, con la angustia provocada por la soledad y el aislamiento que genera el sistema.

Dentro de este contexto considera a la farmacología como “cosmética del comportamiento”, ya que intenta mejorar el desempeño o sustituir conductas no necesariamente anormales por otras “socialmente preferibles”. “Se trata de un campo (el de las neurociencias) pleno de investigaciones valiosas y promisorias que, a nuestro criterio, se convierten en un problema cuando reciben una saturación mediático-política de significaciones que suelen exceder en mucho sus contornos originales” (16). En este marco, el malestar, las dificultades escolares, la inquietud, etc. pasan a ser un mercado más. Distinto es el uso acotado de psicofármacos en situaciones puntuales en las que éstos actúan sintomáticamente.

Se plantea la urgente necesidad de mejorar la calidad de nuestras preguntas con respecto a las problemáticas y características actuales de nuestra infancia, a fin de evitar la estrechez de miras en las respuestas, la simplificación de variables

intervinientes y de prácticas. El cuantificar la subjetividad a través de protocolos como el CHAT o el test de Conners, genera códigos de acceso a prestaciones o servicios vinculados con la salud, y se traduciría en algo que él llama “la ingeniería del alma”, en la cual el sufrimiento de un humano singular quedaría supeditado a un diagnóstico clasificatorio.

El autor señala que en neurociencia y psicofarmacología se intenta establecer una continuidad entre los modelos animales y la subjetividad humana, traduciéndolos en enfoques terapéuticos cognitivo comportamentales, considerando a la “naturaleza humana” como un dato natural. Pero la naturaleza humana dejó de ser natural al ser marcada por la historia y el lenguaje: por lo tanto, la organicidad humana es de otro orden que la del reino animal ya que también es histórica, “hija del lazo y del trabajo”. Es muy importante por ello, tener presente los cambios epigenéticos que producen las experiencias en la expresión de los genes y en la modificación de circuitos neuronales, ya sean favorables o desfavorables. Y en este punto podemos detenernos y pensar cómo una experiencia terapéutica favorable puede aliviar síntomas, del mismo modo que el medio ambiente social tiene la potencialidad de operar farmacológicamente sobre el individuo, ya que las distintas experiencias alteran la química corporal.

A partir del concepto de epigénesis, cuestiona la idea de una determinación biológica expansiva y acuña el término **mitogenética** para denominar a este abuso. Por esto, no se habla de un sujeto marcado por el despliegue de lo orgánico, sino del devenir, que incluye también a lo epigenético. Retoma la idea de pensar al hombre como un ser que cuenta con una segunda naturaleza: aquello que lo hace humano es en realidad la apropiación del producto cultural, interiorizado, que se repliega “muchas veces a las profundidades”. Aquí estaría dada la esencia humana, no solamente como un patrimonio biológico interno de rasgos o patrones heredados.

Este libro invita a cambiar la perspectiva ante el desafío de la realización de cualquier diagnóstico e intervención, modificando el tipo de preguntas e hipótesis que guían la observación singular en contexto. Y sobre todo, a tomar conciencia acerca de cuál es el posicionamiento epistemológico desde el cuál enfrentamos esta realidad: no es lo mismo considerar que “*debemos favorecer un desarrollo que no puede expresarse, que si debemos intervenir para que una apropiación interferida pueda realizarse*” (34).

María Fernanda Pighín: Profesora para la Enseñanza Primaria. Licenciada y Profesora en Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Luján (UNLu). Especializada en Psicopedagogía Clínica, Universidad Nacional de Lomas de Zamora (UNLZ). Magister en Psicología Cognitiva y Aprendizaje, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Universidad Autónoma de Madrid (FLACSO- UAM). Profesora Adjunta de Teorías del Aprendizaje y Neurobiología, Departamento de Educación, UNLu. Representante por el Dpto. de Educación UNLu en la Red Nacional de Cátedras de Neurociencias. Directora de proyectos y programa de investigación. mfpighin@yahoo.com.ar

